

LA JAQUIMA DORADA

Javier Tafur

Había una vez un Poeta que escribía cosas tan bonitas que se hacían realidad; y era amigo de los niños.

Vivía en el Valle de San José del Salado; había escrito libros; sabía historias que contaba a muchachos y mayores. Por esto extrañaron no volver a verle, en especial Lucho.

El Poeta Tomás vivía en una montaña desde la que se divisa el Valle. Casi siempre las nubes cubrían su cabaña, pero despejado se dominaba el paisaje. Lucho puso pié y echó a andar.

El Poeta no había vuelto al pueblo hacía tres meses ni los días de mercado ni en los festivales ni aún de paso, y antes era frecuente verlo en la tienda de don Heladio conversando con Eisebel o don Modesto, con Damián, el Inspector, el Cura o el Profesor.

Al oír golpear la puerta del corral balaron las ovejas, y “Tinta”, la perra del Poeta, trotó al encuentro del niño.

Don Tomás, escopeta en mano preguntó:

— ¿Quién anda?

— Lucho

— ¡A la órden!

El muchacho insistió creyendo que no lo había visto:

— Soy yo, Lucho.

— ¿Qué deseas? —repitió, secamente.

“Tinta” comenzó a gruñir.

— ¡Chist! intervino el Poeta. ¿Qué quieres?

— He venido a saludarlo.

— No me gustan las visitas...

— Si soy tu amigo.

— Sigue, pero te aclaro, que no me acuerdo —dijo bajando el arma.

El niño entendió que hablaba en serio. Le dió miedo.

— Entra, tomemos un café.

Lo siguió a la cocina. Unas palomas volaron por la ventana.

— ¿De dónde eres?

— Soy Luis Montoya, de ahí del Salado.

— ¡Ahhh! ¿Y qué te trae por acá?

— Conociendo...

Comprendió que le estaba pasando algo y pensó salir rápido y contar.

Estaba barbado, desarreglado y sucio. La cocina llena de trastos y restos de comida.

Apuró el café.

— ¿Qué te pasa? De pronto se te ven muchas ganas de irte —le dijo, haciendo un movimiento raro en los dedos.

Para despedirse se le ocurrió preguntar:

— ¿Un día de estos, me deja pescar en la Quebrada?

— Ya veremos —respondió, algo condescendiente.

El niño retrocedió para salir, tropezando con la cabeza de la piel de un tigre y sonrió nerviosamente.

Afuera corrió, parecía un duende loma abajo.

Lo que sucedió después es bien interesante.

## 2.

No contó. Pensó volver disfrazado. Consiguió una máscara con la cara del mejor amigo del Poeta, se la puso y emprendió el camino, una mañana optimista.

No lo sintió “Tinta”. Lucho se asomó y lo vió en su escritorio. La habitación llena de hojas arrugadas esparcidas por el suelo; se veían empezadas, unas con una o dos frases, si mucho un párrafo. Numerosas, apenas tenían la palabra inicial. Estaba mal humorado. Volteó y se encontraron, cara a cara. El Poeta se fué iluminando de alegría. Se transformó y levantó a abrazarlo.

Lucho sabía imitarlo. Se sentó en la baranda del corredor. Dialogaron amenamente hasta que Tomás se fué quedando callado. Se veía deprimido, Pausadamente le contó:

## 3.

— Sucedió que un día en el Bar de los Poetas un Naga me dió...

— ¿Qué te dió? —interrumpió Lucho

— ¿Y porqué no me preguntas qué es un Naga? —contestó, fijamente.

El niño se estremeció; el amigo nunca habría hecho esa pregunta.

Los Nagas, amiguito son...; me parece que tú eres uno de esos —dijo, arrancándole la máscara — ¡Ah!, con que de nuevo. Ya me habías parecido sospechoso. Y lo encerró en una vitrina tres días y tres noches hasta que su amigo, el de la máscara, apareció.

El Poeta andaba por los potreros.

## 4.

Manuel entró confiadamente, como un verdadero amigo. Se sentó en un sillón. Pronto vió las hojas y pensó que estaría escribiendo otra novela, aunque parecía excesivo el papel desperdiciado.

Manuel no tenía cara. Hacía tres días se le había desaparecido. Algo extraño comenzó a acontecerle. Desde una biblioteca de tablas sobre ladrillo, empezó a mirarse a sí mismo: se veía con su cuerpo normal pero por cabeza tenía un óvalo de arcilla. La máscara la habían dejado sobre la biblioteca.

Lucho miraba, boca y nariz pegadas al vidrio. Lo vió levantarse a la llegada de Tomás en su viejo Land Rover.

¡Crash! la vitrina se abrió quebrándose en el momento en que entraba.

Regresó al jeep por su escopeta.

¡Espera! —dijo Manuel, hablándole en su propia boca.

— ¿Quién es usted? —increpó, nerviosamente.

— Manuel —contestó.

Tomás volteó tratando de ubicar la voz.

— Niño; ¿qué invento es éste?

El muchacho se movió tímidamente.

— Cálmate —insinuó Manuel.

A punto de enloquecer, montó el gatillo.

— Espera un minuto —insistió.

Aquella voz le llegó, y bajó la escopeta dejándose caer en la silla. Manuel tomó su cara se la puso y dijo:

— Ya me hacía falta.

— Estoy alucinando —balbuceó Tomás. Sudando profusamente dió un salto, y empezó a gritar —Manuel! Manuel!

Lloraba. Tras un minuto Manuel le habló:

— No es una visión. He venido a saludarte, me han enviado las voces de los sueños.

¿Qué te pasa?; dime

“Tinta” lamía sus zapatos. Tomás no tenía fuerzas para responder.

Lucho dijo:

— Es verdad. Estamos contigo.

## 5.

— Estuve hablando con Constanza; tomé masato en casa de tu madre... Escuchaba Tomás.

— Y mira, yo conservo el diente del tigrillo que matamos por las cabeceras del Engaño... — Algo le llegaba.

Lo vieron palidecer y quedarse dormido.

— Decía cosas raras; hablaba de Nagas.

— ¿De los Nagas?

— Sí

— ¿Que dijo?

— Que en el Bar de los Poetas le habían dado algo...

— Va a ser eso. Seguramente le han robado la memoria. ¡Veamos!

## 6.

Montaron a caballo y pronto:

— Una cerveza.

— Una gaseosa.

Manuel miraba con discreción. El bar estaba rodeado de floripondios, o borracheros, de aroma adormecedor.

— ¿Quiénes son? —preguntó Lucho.

— Espíritus que se encarnan... —contestó— interrumpiéndose ante la llegada del señor de la tienda.

— Aquí está dijo.

— Gracias.

Todo transcurría sin confirmar sospechas. Se había montado Manuel y Lucho se disponía, cuando vieron a los hijitos del dueño de la tienda. Uno tenía patas como de perro.

Son crías de Nagas —pensaron.

La madre sonrió. Los niños se le acercaron dejando sus huellas. Lucho siguió a Manuel. La Naga informó. Donde no los veían desmontaron a vomitar.

Del vómito crecieron zarzas y plantas venenosas.

Dos Nagas vestidos de campesinos, fueron a alcanzarlos. Manuel y Lucho tomaron un atajo.

Sentados a la sombra de un mandúl reflexionaban:

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lucho.

— Pensemos algo.

— Vámonos.

— Mejor sería espiarlos

— ¿No podríamos ir así?

— Pues, sí. ¿Te arriesgas?



— No sé...

— Camina —propuso Manuel.

— Tengo miedo.

— No, no; yo tengo la “contra”; con éste talismán no nos pasará nada —dijo Manuel, pasándosele.

— Y, ¿esto? —preguntó Lucho, asombrado.

— De Tomás.

— ¿Qué vamos a decir?; ¿qué vamos a hacer?; me tienes que indicar, yo no sé.

— Tranquilo; se trata de buscar la memoria.

— ¿Cómo?

— Ya lo verás.

— Sí —dijo Lucho.

## 7.

Lo guardó en su pantalón sin recordar el bolsillo roto. ¡Tin!, sonó sobre una piedra.

Ni Manuel se dió cuenta, y regresaron al Bar. Los Nagas los esperaban.

— Volvieron rápido.

— Sí; queremos comprar algunas cosas —respondió Manuel.

— Mande no más.

— Gracias. A ver... Media botella de Ron Viejo de Caldas, una cajetilla de cigarrillos Nacional, una cajita de fósforos...

El Naga, sonrió; Manuel sonrió; y en la puerta, siete Nagas con orejas como de lobo, no sonrieron. Lucho se llevó la mano al bolsillo; tocó su piel.

— Echemelos en una chuspa.

— Aquí está —dijo el Naga —Son quinientos pesos.

— Tenga. Muchas gracias.

Salieron.

Gastaron el resto del día buscando el amuleto. Por la noche fueron a casa del Poeta y aún seguía dormido. Se le había olvidado despertar.

Lucho y Manuel lo intentaron en vano. Dejaron la compra en su escritorio.

## 8.

La noche parecía que se los iba a tragar, y los Nagas silbaban redondo como serpientes. “Tinta” aullaba. El silbo se oía unas veces lejos, pero alcanzaron a llegar a casa de Manuel. De ahí Lucho no paró hasta la cama.

Al día siguiente volvió donde Manuel. Al llegar conversaba con un señor en la puerta.

Preguntaba si no querría trabajar de ayudante en el Bar.

— Ahí viene.

— Hola, jovencito —dijo el señor— Hablando del Rey de Roma...

— Días —contestó, helado.

— ¿No te gustaría ganar unos pesos, en vacaciones?

— Gracias por el ofrecimiento —interrumpió Manuel —Yo hablo con él, y se lo comunicamos.

Se fué.

— ¡Le ví la cola!

— ¿Qué voy a hacer? Me van a hacer daño; me van a matar.

— Daremos con el amuleto.

Esa mañana lo encontraron. Tenía la fórmula de hacerse invisible y la oración para recobrar el Alma robada. El problema era que al Poeta le habían robado sólo la memoria.

Los Nagas eran astutos y conocían las leyes del Otro Mundo.

Manuel le explicaba:

— El Primer día, los Nagas querían ser personas pero llegaron cuando la sombra del Mal cubrió la tierra y les llenó el corazón de envidia. El padrino del mundo los condenó a vagar sin hallar descanso en ninguna parte. Desde entonces roban almas. Escribió la fórmula y se la dio al primer Poeta; por eso persiguen a los Poetas porque saben la verdadera historia. Pasaron al cuarto de herramientas y sobre un banco de trabajo pusieron el talismán. Alguien empujó la puerta.

Manuel dió un paso:

— A la orden.

— ¿El muchacho ya tomó la decisión? —dijo el señor que había estado.

— Les ayudará a partir de mañana.

Manuel se le acercó en ademán de partida:

— Mañana nos vemos.

— Sí, sí —dijo, retrocediendo.

Manuel cerró la puerta. Al volver la vista no estaba Lucho. Había desaparecido. Era natural, había alcanzado a seguir las instrucciones: zumo de trébol de cuatro hojas y una pizquita de polvo de estrellas, que contenía el amuleto. También decía que debía reproducirse el movimiento del sol, con la cabeza. ¿El del sol o el de la tierra?

9.

Manuel advirtió que se hizo invisible y siguieron al Naga. Entraron, tras él, al Bar. Tenían que darse prisa. Pasaron a la trastienda y adentraron a los cuartos interiores. En frasquitos tenían las almas de los dueños del bar; vieron la de un arriero desaparecido, pero no sabían dónde estaba la memoria. Los Nagas, inquietos. Lucho, buscando en la estantería, dejó caer una botella de aceite y los Nagas cerraron las puertas y ventanas. Toda la oscuridad llegó. Manuel notó que la punta de la nariz de Lucho era visible y pensó que los descubrirían. Se escondieron en el zarzo donde, junto a unos estribos de cobre, había una alforja, dentro de la alforja, una botella, y dentro de la botella, un hermoso paisaje. Manuel advirtió que era una trampa para que entraran y luego tapar la botella. Este era un método muy práctico. Así había puertas, ventanas, de trampas. Lucho se agachó para no ser visto por un Naga que se asomó y pegó la nariz a la botella.

Una voz suave dijo:

— Lucho.

Casi se desmaya. Era la voz del Poeta; allí estaba retenida la memoria y lo había reconocido.

— Tenemos que aprovechar la bajada de la neblina —dijo la memoria, acordándose de cómo eran las cosas-. Los Nagas temen al Gran Soplo y El manda sus hijas -Las nubes y la Neblina-, a las 4:1/2.

Quitaron unas tejas, y la Neblina empezó a meterse. Los Nagas se guarecieron. Lucho y Manuel, ayudados por la Memoria, abrieron todos los frascos y botellas, y una bandada de golondrinas subió a los claros jardines del viento.

## 10.

Tomás preparaba la tierra cuando las observó llegar, luego levantar vuelo y, en círculos, ascender. Corrió a la cabaña. Lucho y Manuel se ocultaron tras la puerta; la Memoria en el umbral. No más entró, saltó queriendo penetrar en el oído, pero el Espíritu Naga se interpuso y como un torbellino la golpeó apagando su luz. Tomás tenía dolor de cabeza.

No sabía qué hacer.

En ese momento se escuchó el grato bullicio de la bandada que regresaba con manojos de trébol y polvo de estrellas, contrarrestando al Mal Espíritu.

Lucho buscó la pavesa. Respiraba.

Las golondrinas revoloteaban rasantes; luego alegres y traviesas se perdieron en los corredores del cielo.

11.

Se acostó. Manuel lo cubrió con la ruana.

— ¡Manuel!

— Voy

— ¡Mira!

— ¿Qué?

— ¡El campo está germinando!

— Habrá que despertarlo —dijo Manuel.

Lo movían pero no despertaba.

Manuel comenzó a leer la Oración:

— “¡Oh la O!. Queremos Recordar. El primer día tú nos diste el maíz y los fríjoles y las calabazas y las curubas y las granadillas; tú ordenaste a los cielos, la lluvia, y al sol, ¡Oh la O! Padre del Viento, y ordenaste a la Luna enseñar los ciclos, las transformaciones; la llamaste Mensajera de la Eterna Esperanza...”. —Manuel interrumpió para ayudar a Tomás a recostarse en la cabecera—. “... Las plantas crecían abundantes, los animales se multiplicaban numerosos y sanos, pero los Nagas

han querido contrariar tus Designios. Regresa. ¡Oh La O! al día de estrellas en el que todo fué correctamente dividido...”.

Sopló el viento, cantó el gallo, llegó el silbo.

12.

Manuel regó ron al rededor de la cama; encendió un cigarrillo, y se asomó.

La Memoria, círculo luminoso, envolvió a Tomás aumentando su intensidad. Tomás comenzaba a recordar cada vez mejor y sus ojos adquirirían más brillo. Así comprendió las palabras de Manuel:

— “Aprendimos a adorarte en el maracuyá, en la guanábana, y en todos los bejucos, en el bagre, en la vistosidad del papagayo y el humilde rruiseñor. Respetamos los títes porque sabemos que los reservas para otra oportunidad sobre la tierra...

— Y tus leyes se cumplen aunque jamás sean comprendidas —agregó Tomás, y continuó—. Tu dijiste: Siempre habrá algo de temer que te hará confiar en mí y tener compañeros de lucha”.

13.

— ¡Por fin! —exclamó Manuel.

— ¿Qué pasó?

— Los Nagas —dijo Lucho

— Tu memoria estaba en el Bar.

— Sí; temen que continuemos la obra de La O, porque El dijo: “La imaginación es mi presencia; proseguirá la construcción del mundo...”

#### 14.

Los habitantes del pueblo han considerado las golondrinas señal de buenos augurios, fin de épocas malas, y estaban maravillados de ver cuantas cosas sucedían. Atraídos por tantas transformaciones luminosas fueron encaminándose a la cabaña con sus palas, azadones, barretones; unos a pié, otros a caballo o en sus carros. Y que vieron? La montaña lucía su mejor cosecha.

Lucho ofreció a Tomás una tacita de hierbabuena. La tomó y emocionado salió. Empezaba a subir gente.

— Siga don Heladio; siga don Modesto. Por favor siga Ud. doña Gladys; y usted doña Rosa; don Julio, y usted y usted; y usted... A ver, Hugo, Sacha, Irene, pasen. Y así fué reencontrándose con sus amigos, y aunque era verano, la naturaleza estaba en mayo. También llegaron de los pueblos vecinos, amigos y conocidos; otros del Chical, del Queremal, del Palmar, del Limonar, del Piñal, Tocota, por la feliz noticia.



Lucho vió un Naga camuflado. Sombrero de paja, pantalón de boca ancha.

## 15.

Manuel mandó a Lucho a coger achiote porque no resisten ser pintados. Tomás saludaba. El Naga escondido cantaba como mirla, pero Lucho distinguía bien el canto de los olleros, de la azoma, del titiribí y de las mirlas. “Tinta” lo olfateó; tras la perra apareció Manuel con su peinilla tres canales, de 18’ pulgadas. Lucho hizo un taco de achiote y sopló su cerbatana al pecho del Naga, que salió berriando; y huyó, y corrió hasta perderse.

Volvería. El Poeta agradecido prometió leer en público, al día siguiente, la historia de la Fundación del Salado, que la gente deseaba conocer.

## 16.

Los Nagas no podían dejar contarla y en el fondo de un hormiguero abandonado tramaban su próxima acción.

Don Heladio regresaba de su finca del Limonar; pasando por los Colorados escuchó silbos y supo que rondaban. Confundió sus pisadas. Habían cogido a todos los perros del Salado. Encerraron sus almas en las galerías subterráneas, tomaron sus cuerpos y entraron a las casas meneando la cola. Graznaron los gansos.

El Jefe, metido en el perro del Inspector, quería para el reloj, porque al detener el tiempo suceden los terremotos, pero en la Inspección no había tiempo ni reloj y los minutos seguían de fuente desconocida. Volaron los pellares.

— Gladys; dale algo al animalito que está como raro. ¿No será sed?

— O hambre; hoy no ha parado aquí.

De vez en cuando un ladrido quedaba suspendido en la distancia. Las nubes hacían y rehacían formas caninas y el viento parecía aullar en la montaña donde los Nagas habían orinado las maticas de trébol.

No había un gorrión.

17.

Lucho arrimó con su pantalón como nuevo; su mamá había remendado el bolsillo.

Reunidos junto a la torrecilla mudejar, aguardaban al Poeta.

Tomás subió a la tarima.. Su voz era querida para todos.

Aquel día dijo:

— He venido a contar la Historia —y notó que no miraban.

Enseguida descubrió que solo los perros se movían. El jefe de los Nagas se acercaba. La manada avanzaba. Tomás alcanzó a percibir el lejano aullido de “Tinta” y fué a liberarla en compañía de Manuel y Lucho. En el oscuro adentro del hormiguero apestaba a azufre. Como una erupción aparecieron veloces “Rusco”, “Malin”, “Conga”, “Toche”, “Manchas”, “Júpiter”, “Tinta”, “Brin”, “Sultan”, “Kazan”, “Venado”, “Sombra”. Lucho en “Katanaco” encabezaba la furiosa jauría al pueblo por el camino del café.

Nada pudieron los Nagas.

Los Saladeños permanecían paralizados. Tomás subió de nuevo y a medida que fluían sus palabras, se reanimaban, emergiendo de su letargo a las frescas emociones del verbo.

Manuel y Lucho se alegraron.

— “Fué aquí en el Valle del Salado, donde La O, descansó el primer día. Reclinó su cabeza formando con sus cabellos los montes y las montañas; de sus ojos nacieron los arroyos y las quebradas; su respiración enseñó sus ciclos al viento y a la brisa. Donde reposó su espalda formó la planada del Queremal y del contorno de su cuerpo, el Valle del Salado. Al extremo las canteras, hechas de la uñas de sus piés. De su ombligo salió este parque. Nuestra torrecita es el Centro del Gran La O, el Centro del Tiempo y el Centro del Universo. Cuando La O descansaba el viento lo cubrió con polvo de estrellas y desapareció haciéndose los cielos. Así seremos invisibles para

retornar a El, polvo de tierra – polvo de estrella. La arcilla quedó húmeda y nuestros padres levantaron sus casas, inventaron el machete, la pala, el barretón, y al primer Poeta le regalaron esto.” —dijo, mostrando su pluma de escribir.

El pueblo estaba emocionado. Las matas florecían —día fresco, clara luz.

Dijo para terminar:

— Si estamos bien es gracias a la amistad.

Y la bandada de palabras cruzó —las mismas con las cuales el Gran La O, moldeó al mundo.

## 18.

Los Nagas, escaparon del horizonte por un roto entre malezas.

Al segundo día Lucho lavaba el amuleto en la quebrada, cuando una sabaleta que saltaba juguetona se lo tragó. Lucho hundió su cabeza en el agua y se lo pidió y ella dejó en la orilla 365 burbujas que nos engloban doradas – transparentes, cada mañana.

Lucho tomó la orilla de la Cascada de los Amaneceres para salir al Queremal. El Sendero de quereme florecido le auguraba una juventud feliz. Desató su caballo y lo montó luciendo la hermosa Jáquima Dorada que le regalaron los amigos del Salado.